

Pasión por la economía

MIGUEL SEBASTIÁN

A mediados de los años 80 el profesor de la London School of Economics Toni Zabazla, nombrado director de Gabinete del entonces secretario de Estado de Hacienda, Pepe Borrell, decidió montar un equipo de apoyo de jóvenes economistas, independientes y de perfil académico. El grupo, en el que tuve la suerte de participar, estuvo dirigido por César Molinas y supuso una revolución en el Ministerio.

Personalmente, tras años de estudio académico, fue una oportunidad de entrar en contacto con la economía real. Además, era la nuestra, la economía española. Pero no había datos. No podíamos hacer gran cosa con esa limitación. Y en esto apareció David Taguas. Y nuestra vida, la de todo el grupo, cambió con su llegada. Lo primero que me llamó la atención de David fue su carácter incansable. Nunca se rendía ante nada. «¿Como que no hay datos? –decía con su vozarrón inolvidable– Los hay, pero están desorganizados, deslavazados, hay que construir una buena base».

Su primer libro, *Series macroeconómicas para el periodo 1954-88:*

un intento de homogenización, se convirtió en una referencia para todo el análisis macro. Recuerdo cómo bromeábamos con Javier Andrés en los seminarios posteriores, cuando los jóvenes investigadores hablaban de las series de David como de las series «oficiales». ¡David el rompedor, ácrata e iconoclasta, se convertía en la fuente «oficial»!

Lo segundo que llamaba la atención era su generosidad. Si alguien le pedía ayuda, dejaba lo que tuviera entre manos para atenderle. Y cuanto más joven fuera el que le pedía ayuda, más atención le prestaba. «¡Hay que apoyar a los junior!», solía bramar con toda la razón. Y es que seguramente él nunca tuvo ese apoyo cuando fue junior. Porque David fue un gran autodidacta. No se quedó conforme con su gran formación de estadístico facultativo y su asombroso manejo de los datos.

De Álvaro Escribano y Juanjo Dolado se empapó del análisis de coin-tegración, de cuya aplicación a la economía española se hizo un maestro. Y de José Manuel González-Páramo y de José Barea de su pasión por las cuentas públicas y, en particular, por la sostenibilidad del

sistema de pensiones. No he conocido a nadie que tuviera un seguimiento tan exhaustivo de dichas cuentas públicas. Y de Jesús Fernández-Villaverde y otros muchos, de su pasión por la macroeconomía.

Cuando en 1996 me encargaron la Dirección del Servicio de Estudios del BBV enseguida pensé en él. Y tuve la suerte de tenerle a mi lado durante casi siete años. Aprendimos mucho, pero no sólo de la economía española sino de la economía mundial, en especial la de Latinoamérica y sobre todo de la de Argentina, cuya crisis cambiaría y bancaria sufrimos. La diferencia horaria, tan incómoda para muchos compañeros del banco, era coser y cantar para David, porque a las 9 y 10 de la noche estaba en plena ebullición intelectual y era cuando más productivo se sentía. Y con más ganas de debatir. «¿Te vas ya?», rugió una noche cuando pasaba por delante de su humeante despacho de la planta 22 de la torre de Azca. «Pues sí, David, son las 11 de la noche, creo que va siendo hora de retirarse». «Yo es que tengo radio a las once y media».

Así era David. Incansable. En esa planta conoció a Paloma Becerril y,

sobre todo, a Carmelo Tajadura, uno de sus grandes compañeros, y de los que se empapó de los siempre difíciles temas bancarios. Leal a nuestros jefes comunes (Bastida, Goirigolzarri, Uriarte, e Ybarra), sufrió los avatares de la fusión y mi salida del banco. Fue injusto que no le nombraran director del Servicio de Estudios de BBVA en ese momento. Este episodio siempre fue doloroso para él, e incluso lo ha omitido del prólogo de su libro póstumo. Por eso me alegré tanto cuando Zapatero me nombró Director de la Oficina Económica del Presidente. Nunca he coincidido con David en tareas de Gobierno. Es la única faceta suya de la que no puedo opinar. Cuando él estuvo dentro, yo estaba fuera y viceversa.

Pero hubiera sido toda una experiencia haber coincidido en la Comisión Delegada de Asuntos Económicos. Y estoy seguro de que el libro que ha escrito también hubiera sido diferente de haber seguido al frente de la Oficina. Hubiera sido un libro también muy importante, imprescindible, como el que ha escrito. Pero diferente. A David le vamos a echar mucho de menos.

Y no sólo en su lucha incansable contra impuestos absurdos, como el del Patrimonio, que tanto nos costó eliminar y cuyo retorno no pudimos evitar. Al comenzar 2014 David se encontraba posiblemente en el mejor momento de su vida profesional.

Su excelente libro, *Cuatro bodas y un funeral*, que comparto en un 70% («¡Ni hablar!». Eso lo tenemos que subir al 90%»), me advirtió en la última conversación que tuvimos esta semana) había tenido una gran acogida. El libro, le ponía de nuevo en el epicentro del debate económico, igual de crítico con el Gobierno que con la oposición. Y es que David no se casaba con nadie, excepto con el Real Madrid. Y eso hacía que sus opiniones, además de por su rigor, fueran especialmente valiosas. Su última pasión, Twitter, le mantenía alerta, activo y divertido. Le apasionaba la interacción con sus seguidores, sobre todo con los más jóvenes. Será difícil volver a conocer a una persona como David. Los que hemos tenido la suerte de haberlo hecho, le echaremos de menos. Quizás el sector público nunca le rinda el homenaje que se merece. Pero lo podemos hacer desde el sector privado. Porque siempre nos quedará su ejemplo y su obra.

Miguel Sebastián. Universidad Complutense de Madrid.